



La Santa Sede

VISITA A LA PARROQUIA ROMANA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II

Solemnidad de Cristo, Rey del universo

Domingo 23 de noviembre de 1997

1. Este domingo, que concluye el año litúrgico, la Iglesia celebra la solemnidad de nuestro Señor Jesucristo, Rey del universo. Hemos escuchado en el evangelio la pregunta que Poncio Pilato hace a Jesús: «¿Eres tú el rey de los judíos?» (Jn 18, 33). Jesús responde, preguntando a su vez: «¿Dices eso por tu cuenta o te lo han dicho otros de mí?» (Jn 18, 34). Y Pilato replica: «¿Acaso soy yo judío? Tu gente y los sumos sacerdotes te han entregado a mí: ¿qué has hecho?» (Jn 18, 35).

En este momento del diálogo, Cristo afirma: «Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mi guardia habría luchado para que no cayera en manos de los judíos. Pero mi reino no es de aquí» (Jn 18, 36).

Ahora todo es claro y transparente. Frente a la acusación de los sacerdotes, Jesús revela que se trata de otro tipo de realeza, una realeza divina y espiritual. Pilato le pide una confirmación: «Conque, ¿tú eres rey?» (Jn 18, 37). Aquí Jesús, excluyendo cualquier interpretación errónea de su dignidad real, indica la verdadera: «Soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo; para ser testigo de la verdad. Todo el que es de la verdad, escucha mi voz» (Jn 18, 37).

Él no es rey como lo entendían los representantes del Sanedrín, pues no aspira a ningún poder político en Israel. Por el contrario, su reino va más allá de los confines de Palestina. *Todos los que son de la verdad escuchan su voz* (cf. Jn 18, 37), y lo reconocen como rey. Este es *el ámbito universal del reino de Cristo* y su dimensión espiritual.

2. «*Para ser testigo de la verdad*» (Jn 18, 37). En la lectura tomada del libro del *Apocalipsis* se

dice que Jesucristo es «testigo fiel» (Ap 1, 5). Es testigo fiel, porque revela el misterio de Dios y anuncia el reino ya presente. Es el primer servidor de este reino. «Obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz» (Flp 2, 8), testimoniará el poder del Padre sobre la creación y sobre el mundo. Y el lugar del ejercicio de su realeza es la cruz que abrazó en el Gólgota. Pero su muerte ignominiosa representa una confirmación del anuncio evangélico del reino de Dios. En efecto, a los ojos de sus enemigos esa muerte debía ser la prueba de que todo lo que había dicho y hecho era falso.

«Si es el rey de Israel, que baje ahora de la cruz y creeremos en él» (Mt 27, 42). No bajó de la cruz, pero, como el buen pastor, dio la vida por sus ovejas (cf. Jn 10, 11). Sin embargo, la confirmación de su poder real se produjo poco después, cuando, al tercer día, resucitó de entre los muertos, revelándose como «el primogénito de entre los muertos» (Ap 1, 5).

Él, siervo obediente, es rey, porque tiene «las llaves de la muerte y del infierno» (Ap 1, 18). Y, en cuanto vencedor de la muerte, del infierno y de satanás, es «el príncipe de los reyes de la tierra» (Ap 1, 5). En efecto, todas las cosas terrenas están inevitablemente sujetas a la muerte. En cambio, aquel que tiene las llaves de la muerte abre a toda la humanidad las perspectivas de la vida inmortal. Él es el alfa y la omega, el principio y el culmen de toda la creación (cf. Ap 1, 8), de modo que cada generación puede repetir: bendito su reino que llega (cf. Mc 11, 10).

3. Amadísimos hermanos y hermanas de la parroquia de la Santísima Trinidad en Castel di Lunghezza, me alegra estar aquí con vosotros hoy, para celebrar la eucaristía en la solemnidad de Cristo Rey.

Saludo con afecto a cada uno de los presentes, y en particular al cardenal vicario, al monseñor vicegerente y a vuestro párroco, don Bruno Sarto. Saludo, asimismo, a los padres monfortanos con sus seminaristas, a las religiosas de la Sagrada Familia de Burdeos y a cuantos, de diferentes modos, colaboran en la guía y el servicio pastoral de vuestra comunidad. Por último, os saludo a todos vosotros, amadísimos parroquianos, recordando con particular afecto a los ancianos, a los enfermos y a las personas solas.

A todos vosotros, habitantes de esta zona situada en los confines del municipio de Roma, deseo aseguraros que, aunque estéis distantes físicamente de la casa del Papa, estáis siempre cerca de mí. Desgraciadamente, vuestro barrio, surgido como otros sin un preciso plan urbanístico, carece aún hoy de muchas estructuras y, en especial, de servicios sociales para los ancianos, los jóvenes y los niños. También aquí la parroquia representa el único centro de reunión y da una contribución fundamental a la socialización de todo el barrio. Por eso, os aliento a proseguir el meritorio esfuerzo que está realizando la diócesis de Roma para dotar de adecuadas estructuras parroquiales a las zonas donde no sólo faltan lugares dignos de culto, sino también los demás servicios. A este propósito, quisiera aprovechar esta ocasión para exhortaros a vosotros y a todos los ciudadanos romanos a sostener generosamente el proyecto denominado «Cincuenta iglesias

para Roma 2000», que se propone dar una iglesia a cada barrio de Roma.

4. Sé que en esta zona los hijos espirituales de san Vicente de Paúl han realizado una laudable obra de evangelización, sobre todo mediante las misiones populares. A ellos va mi aprecio y mi sincera gratitud por su generoso compromiso pastoral. No sólo las zonas del campo romano tienen necesidad aún hoy de estas misiones; las necesita toda la ciudad de Roma. Se trata de organizarlas de un modo renovado, que exprese la misma realidad del pueblo de Dios, como «pueblo en misión». Precisamente éste es el compromiso que la diócesis está llevando a cabo con la *Misión ciudadana*.

El domingo próximo, al inaugurar el año dedicado al Espíritu Santo en la preparación del gran jubileo del año 2000, entregaré la cruz a los misioneros y a las misioneras que, durante los próximos meses, visitarán a las familias y anunciarán el Evangelio en las casas de esta parroquia y de todas las demás de Roma.

Queridos catequistas, queridos miembros del consejo parroquial, queridos integrantes de los diversos grupos, deseo dirigiros a cada uno de vosotros una invitación particular: proseguid generosamente vuestro trabajo de evangelización, aunque a veces os parezca difícil y poco gratificante. El Señor está con vosotros y no abandona jamás a su Iglesia.

Os exhorto a vosotras, queridas familias, a no tener miedo de vivir un amor exigente que revista, como escribe el apóstol Pablo, las características de la paciencia, la benignidad y la esperanza (cf. *1 Co* 13, 4.7).

A vosotros, queridos jóvenes, quisiera repetiros que la Iglesia os necesita, y desearía añadir: vosotros tenéis necesidad de la Iglesia, porque la Iglesia desea solamente ayudaros a encontrar a Jesús, que hace libre al hombre para amar y servir.

La Iglesia os necesita para que, después de haber experimentado la verdadera libertad, que sólo Cristo puede ofrecer, seáis capaces de testimoniar el Evangelio en medio de vuestros coetáneos con valentía y gran creatividad, según la sensibilidad y los talentos propios de vuestra juventud. ¡Quiera Dios que *la misión de los jóvenes*, dentro de la *gran Misión ciudadana*, favorezca este acercamiento entre los jóvenes y Cristo, entre los jóvenes y la Iglesia!

5. Amadísimos hermanos y hermanas, la liturgia de hoy nos recuerda que la verdad sobre Cristo Rey constituye el cumplimiento de las profecías de la antigua alianza. El profeta Daniel anuncia la venida del Hijo del hombre, a quien dieron «poder real, gloria y dominio; todos los pueblos, naciones y lenguas lo respetarán. Su dominio es eterno y no pasa, su reino no tendrá fin» (*Dn* 7, 14). Sabemos bien que todo esto encontró su perfecto cumplimiento en Cristo, en su Pascua de muerte y de resurrección.

La solemnidad de Cristo, Rey del universo, nos invita a repetir con fe la invocación del Padre nuestro, que Jesús mismo nos enseñó: «Venga tu reino».

¡Venga tu reino, Señor! «Reino de verdad y de vida, reino de santidad y de gracia, reino de justicia, de amor y de paz» (*Prefacio*). Amén.

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana